HELIODORO CARPINTERO

SORIA, EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE ANTONIO MACHADO

I

A principios de siglo, Soria es una ciudad breve y clara como un romance truncado. Es como una de esas familias que han pasado alternativamente por épocas de gran esplendor y épocas de abatimiento. Y, a última hora, la más vieja de las abuelas —muertos sus hijos—, con sencillo ahínco y sobrehumano esfuerzo, saca adelante a los nietecillos, con más trabajo que brillantez, pero sin perder nunca el gesto grave e hidalgo.

De las glorias y grandezas legendarias de Soria quedan los petrificados escudos de los viejos palacios, la historia de sus Doce Linajes Troncales, sus monumentos admirables y algo impalpable —el aire de sus plazuelas, la luz de sus esquinas, no se sabe qué— que se adueña de las almas.

Los abatimientos han dejado también su huella, traducida en una mansa resignación, en una impasible serenidad, en un comedido gesto de cansancio. La «francesada» es —históricamente— el último de los grandes abatimientos, alumbrado por los grandes incendios de la ciudad y completado por los saqueos. Algún historiador la hace descender, por aquel entonces, a los setecientos vecinos. Y esto nos parece hoy como el eco prolongado de las llamas y saqueo de la vieja Numancia.

Nada más limpio y claro en el mundo que una viejecita acendrada y limpia. Así, Soria, la Soria-abuela, limpia, acendrada y humilde, va sacando adelante, con imposible ahínco, su historia y la vida de los suyos. Los nietos que quieren

«El Recreo» y «El Desengaño», abren sus puertas acogedoras a propios y forasteros, y sus tertulias se enardecen por la pasión de la política local, o con los comentarios de la última «vista» en la Audiencia, en la que, abogados de nombradía, contienden gallardamente. Alguna vez, la pasión alcanza grados insospechados.

El «cuarto poder» está representado por unos cuantos periódicos bisemanales, sin más zona neutral que los ecos de sociedad.

Cinco confiterías —con nombres prometedores y suaves, tales como «La Delicia», «La Azucena»— elaboran delicados dulces y la más exquisita *mantequilla* que extiende por toda España la nombradía de Soria, y que dejaría ingenuamente pasmada a la creadora de la golosina —con gloria anónima que equivale a doble gloria—, la que bajo los soportales del Collado, y junto a la imagen de San Saturio, era la ilusión de Soria y de su comarca a mediados del pasado siglo. Y estos sencillos y buenos confiteros, continuadores y perfeccionadores de la obra de la famosa mantequillera, parecen dar a sus paisanos una suprema lección: ¿Amáis el progreso? ¿Queréis la gloria para nuestra ciudad? Pues poned amor en vuestra obra, por humilde que ella sea, y tratad de hacerla perfecta. Poneos todos a trabajar sin esperar a la «benéfica legión de emprendedores industriales». Sedlos vosotros.

Yo no sé si llegó o no llegó esa esperada legión de promotores de riqueza material. Pero sí sé que un día de 1907 llegó un joven y puso planta de viajero infatigable en el suelo apacible y sencillo de Soria.

«Cuando el hombre pone su planta en el suelo, cien senderos pisa» —reza un proverbio oriental—. Cien senderos pisó nuestro viajero, aceptándolos todos, sin renunciar a los dolorosos. Porque todos, en apretado haz, iban a ser para siempre su vida y su obra. Y en reciprocidad de amante dejaría para siempre grabada en esta tierra, árida y fría, una huella de amor, de recuerdo y de infinita nostalgia; huella que se desliza por las callecitas y plazuelas de romance infantil; que baja hacia el Duero, apenas salido de su cuna, y le acompaña hasta la Ermita de San Saturio —pasando por San Polo—...

... cerca del agua
que corre y pasa y sueña.

II

Es un joven de treinta y dos años, alto, delgado, de suaves y finos modales que revelan señorío. En su «torpe aliño indumentario» pone de manifiesto una innata elegancia. Es suave, sin ser tímido; afectuoso, sin campechanía; tiene gracia, sin ser «gracioso»; culto, sin ser pedante. Ha estudiado mucho, ha viajado, ha tratado a gentes de todas las clases sociales, ha publicado dos libros de versos.

Los ocho primeros años de su vida los vivió en Sevilla. De esos años guarda un nido de recuerdos: nació en el célebre Palacio de las Dueñas; jugó en jardines que huelen a cielo de abril y a flores encendidas. A los cuatro años «posó» ante el caballete de pintora de su abuela paterna. ¡Con qué cariño entrañable fue pintado aquel bello retrato! El niño revela ya una gravedad dulce y soñadora. No es un niño triste y enfermizo. Es un niño sano, fuerte, dulce y grave. Un niño «demasiado bueno». El cuadro es un prodigio de sencillez, de naturalidad. Aparece sobre un fondo oscuro la figurilla breve y graciosa del pequeño modelo, con un trajecito azul, cuello blanco, así como los puños sobrepuestos. Imaginamos la escena: abuela y nieto. La abuela cuenta al niño unos cuentos tan cautivadores que ya no necesita pedirle quietud, porque el niño permanece quieto, y aun regala a la abuela con una mirada luminosa, dulce y grave, que quedará perpetuada en el retrato, porque el retrato queda mientras la vida pasa...

Los días infantiles han quedado dormidos en el recuerdo.

Después, Madrid. Años escolares en la Institución Libre de Enseñanza, para cuyos maestros tuvo siempre «gran amor», «vivo afecto» y «profunda gratitud». Pasa por el Instituto y tardíamente por la Universidad. «Pero de estos centros no conservo más huella que una gran aversión a todo lo académico.» Años de adolescencia y juventud. De cara al Guadarrama, a todo lo bello y a todo lo noble. Lector incansable; incansable paseante —las dos aficiones más queridas de su vida—.

Juventud hacia adentro —sin misantropía—, una alondra comienza en su pecho a cantar «soledades» y «galerías» del alma.

A los veinticuatro años (1899) hace su primer viaje a París.

> París —dirá muchos años más tarde nuestro viajero— era todavía la ciudad del *affaire* Dreyfus en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura. Conocí a Oscar Wilde y Jean Moréas. La gran figura literaria, el gran consagrado era Anatole France.

En París reside algunos años. Es vicecónsul de Guatemala en aquella ciudad. París, «fin de siglo». Hoy —en 1943— estas palabras nada dicen a nuestra sensibilidad. No hace medio siglo que tuvieron vigencia y se hundieron en la sima del voluntario y alegre olvido. Para evocarlo como paisaje que da fondo a una figura —la de nuestro viajero—, nada mejor que hacerlo con la pluma de un superviviente de aquel naufragio: Eugenio d'Ors:

> Días de descomposición, de turbia senectud mezclada a la fiebre de nuevas germinaciones, que aún se ignoraba qué podría traer; una dolorosa inquietud, un apetito de tiniebla dominaron las almas. La fe religiosa se había perdido; la fe en la ciencia redentora, que durante un siglo entero ilusionó a los hombres, estaba ya hundida. Fue aquel el tiempo del anarquismo. Fue el tiempo del decadentismo y de la sensualidad enferma... He aquí a Verlaine, el que vive muriendo en las prisiones y en los hospitales, componiendo *odelettes* obscenas o letanías a María. He aquí a Ibsen, que pretende disolver la familia y la sociedad, y a Tolstoi, que quiere disolver la vida civil. He aquí a los idealistas, que regresan de la razón a la cobarde locura y retroceden del lenguaje al balbuceo. He aquí una gran ola de música rodando a través de todo esto, anegándolo; y esta ola es el canto de Tristán e Iseo, que arrastra mentes y conciencias hacia el abismo del amor y la muerte, sin dejarles otro vigor, antes de que desaparezca para siempre, que el de suspirar una palabra, que es como el testamento de la época: *Nihil.* ¡Tardes malogradas, días perdidos, juventud miserablemente consumida!

En medio de toda esta estúpida locura, él —sempiterno lector y paseante— no pierde su cabeza, ni estraga su puro corazón. De toda aquella gigantesca ganga extrae las chispas de material precioso. Su recuerdo refuerza las dulces y benditas amarras que le unen a lo más puro de su tierra y de sus seres queridos:

romanticismos muertos,
cursilerías viejas,
cosas de ayer que sois mi alma, y cantos
y cuentos de la abuela...

Cantos y cuentos que se han quedado dormidos en el fondo de aquel retrato, desde el que le aguarda la luz pura, dulce y grave de sus ojos de cuatro años... Y vuelve a verse en ellos.

El año 1902 vuelve a París. Este año conoce a aquel niño grande —pueril y genial— que se llamó Rubén Darío. Aquellos ojos eternamente adormecidos —infantiles ojos— saben verle «misterioso y silencioso, luminoso y profundo, hombre de buena fe»...

Otra vez a España. Otra vez desfilan por sus ojos Granada, Córdoba, tierras de Soria —¿presentimiento?—, viejas ciudades de Castilla, Valencia y Aragón.

Ha renunciado al porvenir que se le abrió fuera de España. Aquí están los suyos y lo suyo. Salvo algún viaje —eterna alma viajera—, en España vivirá. Hace oposiciones a cátedra de francés y gana la del Instituto de Soria. El día primero de mayo de 1907 toma posesión de su cátedra. Tiene treinta y dos años. Gana doce mil reales. Es un superviviente del «fin de siglo» —y ¿qué superviviente no pierde algo en el naufragio?—. Una alondra le canta en el pecho. *Soledades. Galerías. Otros poemas.* Con ellos ha reunido dos breves volúmenes que dan al mundo de las letras el nombre del joven poeta y ahora nuevo catedrático: Antonio Machado.

III

Llegaría a Soria en una mañana clara y fría como un diamante; cuando los árboles de la Dehesa —con su verde tierno de relente— iniciaban el juego de sol y sombra de cada día; cuando los pájaros comenzaban su algarabía de escuela y el Collado, de un azul ceniciento de plata, daba calle al aire y a las mujeres que acudían a su misa mañanera...

Tomaría «la pajarilla», el cochecito de caballos cascabeleros, destartalado y viejecito como de convento de monjas; el cochecito que hacía soñar con lejanías a todos los chicos

y sonaba con toque de «queda» cuando por las noches bajaban los viajeros a la estación y las muchachas ponían fin a la rueda de ilusión y de paseo. Se acomodaría provisionalmente en la fonda, acaso en el parador... Y a mediodía —cielo azul y alto de un primero de mayo— tomaría posesión de su cátedra saludando a sus nuevos compañeros; se asomaría al bello jardín del Instituto, mirándose, luego, en los ojos diáfanos de los que iban a ser sus discípulos.

Sus compañeros querrían cordialmente llevarle a los encantos de la vida provinciana: el casino, las noticias menudas de la ciudad, los paseos encasillados. Antonio Machado, incapaz de desdén —la forma más necia de la incomprensión— renunciaba a todas las posibles tentaciones de la vida provinciana. Su gran comprensión le llevaba a prohibírselas a sí mismo, sin menospreciar a los que se entregaban a ellas. Antes de venir a Soria, Antonio Machado había renunciado a muchas pequeñas grandes cosas (vida literaria de París, carrera diplomática, etc.). En Soria debía seguir renunciando. Soria era para Antonio Machado el noviciado que le había de preparar para una nueva vida, alumbrando a la luz de su obra más pura y verdadera. Y todo esto que, porque ya ha pasado, lo vemos con claridad, fue, antes de pasar, el misterio inquietante de su vida, fue su agonía. ¿Qué le daría Soria, Señor? Se dispuso a escuchar el mandato. Y la voz se puede escuchar en el recodo de una aventura, en la pureza de un atardecer, en la mirada casta y hermosa de una mujer, o en mil cosas más, porque los caminos de la Providencia son infinitos.

En cada instante —sabiéndolo o sin saberlo— se va decidiendo el porvenir de nuestra vida. El momento estelar de Antonio Machado debe fijarse en el punto y hora en que, abandonando su primera fonda soriana, ingresa en la grata y dulce comunidad de una sencilla casa de huéspedes. Eran los dueños de la casa don Ceferino Izquierdo y doña Isabel Cuevas. Tenían tres hijos: Leonor, Sinforiano y Antonia. Habitaban en la calle del Instituto, esquina del Collado, y luego se trasladaron a la calle de los Estudios, junto a la plaza de Teatinos. Leonor tenía trece años; Antonia, unos meses. Casa apacible, de pocos huéspedes. Entre ellos, el doctor don Mariano Iñíguez, buen amigo de Antonio Machado.

Comenzaban los años decisivos. En la serena quietud de esta paz hogareña y provinciana Antonio Machado lee, medita, pasea, sueña. Mantiene cordiales relaciones con sus compañeros de Instituto, los profesores Santo Domingo,

Jiménez de Cisneros, Jodra, Zunón; con el periodista Palacio («Palacio, buen amigo...»); con don Santiago Gómez Santacruz, abad de la Colegiata. Pero no era hombre de tertulia o partida de casino. Por eso, acaso, con quien más paseaba era con el señor abad, tan amante y tan conocedor de Soria. Junto al historiador y arqueólogo, el poeta va descubriendo a Soria con ojos de amante. Y, en amorosa reciprocidad, Soria descubre en el amado al hombre entero y verdadero que en él latía y al poeta de Castilla que en su alma guardaba.

La pluma de Machado ha escrito:

> Con su plena luna amoratada sobre la plomiza Sierra de Santana, en una tarde de septiembre de 1907, se alza en mi recuerdo la pequeña y alta Soria. Soria pura, dice su blasón. Y, ¡qué bien le va este adjetivo!
>
> Sobre un paisaje mineral, planetario, telúrico, Soria, la del viento *redondo,* con nieve menuda, que siempre nos da en la cara, junto al Duero adolescente, casi niño, es pura y nada más.
>
> Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su más propio y más limpio manantial.
>
> Soria es, acaso, la más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez de España entera. Nada hay en ella que asombre, o que brille y truene; todo es allí sencillo, modesto y llano.
>
> Es Soria maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos y nada más.

Mucho hay de recuerdo en estas palabras: mucho más de confesión. El recuerdo reviste con calidades estéticas un paisaje «mineral, planetario, telúrico», mientras del alma enamorada se desgrana una dulce letanía: «Soria pura, Soria espiritual, Soria sencilla, Soria modesta, Soria llana, Soria maestra de castellanía...»

Hay, por otra parte, una honda y estremecida confesión cuando afirma que Soria «siempre nos invita a ser lo que somos y nada más». ¡Alto y difícil magisterio! ¡Invitación profunda!: ¡sé lo que eres!

Viento «redondo» de Soria, que pule y enrojece las piedras de la ciudad, humanizándola con colores de chico de pueblo. Viento «redondo» que se lleva oropeles, vanidades, adjetivos... ¡sé el que eres!

Se ha dicho que en todo bloque de piedra se esconde una escultura ideal: basta quitarle lo que le sobra. Soria, con su viento «redondo» y su invitación constante, se iba llevando del bloque Antonio Machado cuanto no le era esencial. Iba acrisolándolo hasta dejar al hombre bueno y al hondo poeta (don Antonio, en la casa de huéspedes con sabor de sobrio hogar castellano: señor Machado, en el Instituto, en la calle. Todo tan diferente de aquel *monsieur* Antoine Machadó —acentuada la o— de los días parisinos).

¡Don Antonio, don Antonio! —y la voz que le llamaba era la voz de Leonor, voz en ese tránsito agridulce de niña-mujer—. Era la voz que dictaba normas de hogar —porque eran las nueve de la mañana, o la mesa estaba servida, o se disponía a salir sin cepillar su ropa...

> Dicen que el hombre no es hombre
> mientras que no oye su nombre
> de labios de una mujer.

¿Cuándo brotan esos versos de la pluma de Machado? ¿Fue al conjuro de aquel dulce y musical ¡don Antonio, don Antonio! que dictaba normas de vida a la suya, tan soñadora? ¿Qué galería de luz abría en su alma aquella voz?

> tu voz de niña en mi oído
> como una campana nueva.

Fue —debió ser— como luz de alza que rasga la noche de modo tan ledo y sutil que, sin darnos cuenta, nos hallamos dentro del gozo y maravilla del día nuevo.

El alba en aquella dicha duró dos años. Se conocieron en 1907. Se casaron, después de breve noviazgo, en 1909. Leonor tenía —como la novia peregrina del romance— quince años.

Tuvo lugar la ceremonia el 30 de julio, en la Iglesia de Nuestra Señora de la Mayor. Fueron padrinos doña Ana Ruiz, viuda de Machado, madre del novio, y don Gregorio Cuevas, tío de la novia.

El Avisador Numantino, con prosa estereotipada de nota de sociedad, nos informa que:

> la novia, en la ceremonia, lució elegantísimo traje de seda negro, cubriendo su hermosa cabeza con el clásico velo blanco, prendido elegantemente y adornado con un ramo de azahar.
>
> El novio iba de rigurosa etiqueta.

Oasis de paz y de ventura en un periódico que recoge la inquietud y amargura de aquella hora española. Semana trágica de Barcelona. Campaña de Africa.

> Esta noche sale para Melilla el coronel de infantería don Miguel Primo de Rivera, que va a cubrir la vacante del fallecido y heroico coronel señor Alvarez Cabrera.

Entre los epígrafes de inquietud y amargura buscan de nuevo los ojos la noticia serena de la boda.

> En el correo de anoche salieron los nuevos esposos para Zaragoza, desde donde irán a otras poblaciones de España.

Porque leídas fueron
las palabras de Pablo,
y en este claro día
hay ciruelos en flor y almendros rosados
y torres con cigüeñas
y es aprendiz de ruiseñor todo pájaro.
... ...
De hoy más la tierra sea
vega florida a vuestro doble paso.

IV

Cuando Antonio Machado escribió aquellos versos a las «Bodas de Francisco Romero», ¿no nos daba unas notas entrañables de su propia vida?

De hoy más sabréis, esposos,
cuánto la sed apaga el limpio jarro.
Y cuánto lienzo cabe
dentro de un cofre, y cuántos
son minutos de paz, si el ahora vierte
su eternidad menuda grano a grano.

Leonor y Antonio vivieron —mientras Dios lo permitió— esos minutos de eternidad...

En diciembre de 1910, Machado obtiene una pensión para ampliar estudios en París. En los primeros días de enero de 1911 marchan Antonio y Leonor llenos de ilusión.

Machado asiste a un curso de Enrique Bergson, en el

Colegio de Francia. Sentarse en los bancos estudiantiles, en años de madurez, es tornar a sentirse muchacho. Y si la esposa —«cara siempre de novia»— aguarda al estudiante, entonces es sentir el goce imposible de vivir una nueva juventud.

Antonio Machado supo a qué grados de sutileza puede llegar la intuición femenina cuando el puro amor la guía. Conocía y amaba París. Ella le hacía verlo a una luz nueva; una luz —luz de la alta y pura Soria—, esencial, nítida, precisa: el París que estudia, que trabaja; el de la gente digna, con pleno sentido del deber; el París que se divierte con alegría limpia y honesta; el París de los templos, de los Museos, los jardines (cuando los jardines son de los niños)... París, como toda gran ciudad, guarda para cada alma una ciudad inédita. Sólo en la gran ciudad es posible el pleno aislamiento.

¡Qué grato era evocar a San Saturio por el *boulevard* Saint-Germain! ¡Y hablar del Duero en los atardeceres, junto al Sena!

En medio de su felicidad, cae brutalmente y sin aviso la desgracia. El 14 de julio, Leonor tiene la primera hemoptisis. París entero está aquel día de fiesta, y Antonio está a punto de enloquecer porque no encuentra quién asista y atienda a la enferma, y aquellos que pudieran hacerlo él no los sabe buscar. Por fin, al día siguiente, Leonor ingresa en una clínica de la *rue Saint Denis,* donde permanece hasta mediados de septiembre. Machado renuncia a la pensión y regresan a Soria. Alquila una casa labradora en el camino de Nuestra Señora del Mirón. Y compra un cochecito de inválido, creando, inocentemente, la estampa legendaria del poeta empujando el coche de la enferma, subiéndola y bajándola los días de sol. ¡Sol y aire puro del campo! ¡Campos de Castilla!

Todavía se recuerda que, las chiquillas, curiosas, se acercaban a la enferma. Y Machado las apartaba dándoles caramelos. «*¡No la molestéis, hijas, marchad!*» Las niñas se alejaban y Leonor sonreía. No llegó a darse cuenta de la gravedad de su estado.

Meses de dolor y de angustia. En la primavera de 1912 la enfermedad era incontenible. Y el alma se volvía ya al milagro. Junto al Duero vio un olmo seco, al que:

> con las lluvias de abril y el sol de mayo
> algunas hojas verdes le han salido.

Y del hondo del alma le brotaba una esperanza:

> Mi corazón espera
> también, hacia la luz, hacia la vida,
> otro milagro de la primavera.

Pero el milagro no llegó. ¡Terrible verano de 1912! Noches de insomnio, días de estupor, como si todo lo viera con luz lívida de madrugada.

Llegó de Madrid el primer ejemplar de *Campos de Castilla,* ricamente encuadernado, y en la primera página —tierna aún la tinta— escribió Machado, con letra temblorosa, la dedicatoria a su «Leonorcica».

Entre sus dedos, como marfiles antiguos, abrasados por la calentura, aprisionaba con ansia de vida, la obra querida. Y su voz, como un hilo de plata, susurró: «Antonio, Antonio...» Los ojos dulces sonreían tristes y celestiales.

Tras de aceptar la voluntad de Dios y disponer cristianamente su alma, se durmió en el Señor, doña Leonor Izquierdo Cuevas, el día primero de agosto de 1912, a la edad de dieciocho años.

En *El Porvenir Castellano,* José María Palacio, el buen amigo de Antonio Machado, escribió un sentido artículo necrológico:

> Fue usted para Leonor: en amor, en tiempo, en actividad y en esfuerzo.
>
> Junto a usted lloran también dos madres buenas, igualmente desconsoladas. Y, de vez en vez, la mano angelical de una infantita que también llora por su hermana limpia los ojos de su madre.

Ya estaban recorridos los cien senderos que pisó Antonio Machado cuando, cinco años antes, puso su planta en tierra de Soria.

Dejó todo. Tomó su viejo saco de cuero —breve equipaje de nómada— y se dispuso a la marcha.

Subió a la «pajarilla». Los cascabeles de los caballos le sonaban en el alma con frío estridor de cuchillos. A las muchachas, que paseaban su juventud y sus ilusiones, les sonó, como siempre, a toque de «queda».

Tomó el tren. Iba sonámbulo, deshabitado, roto.

V

Cuando intentamos destacar la aportación de Soria a la obra de Antonio Machado lo primero que se nos plantea es esto: ¿Si Antonio Machado no hubiera vivido, amado y sufrido en Soria, habría sido el poeta que fue?

Está fuera de toda posible duda la evidencia de la aportación soriana en la obra de Machado. Y, por de pronto, podemos diferenciar dos formas distintas en dicha aportación: una, la que se halla en la sobrehaz de la obra, y que consiste en la utilización del paisaje soriano.

> La poesía española —dice el profesor Gili—, en general poco paisajista, no había tomado a la naturaleza como tema central de inspiración hasta que Machado la sitúa en primer plano.

Como vemos, este primer contacto entre Soria y Machado produjo algo desconocido para la poesía española. De aquí el que los manuales de literatura clasifiquen a Antonio Machado como el gran poeta de la «generación del 98» (aunque cronológicamente sea posterior). Hablándonos de ella, dice Azorín:

> Nos atraía el paisaje. Prosistas y poetas que hayan descrito paisajes han existido siempre. No es cosa nueva, propio de estos tiempos, el paisaje literario. Lo que sí es una innovación es el paisaje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, el cuento o el poema.

Por lo que a la obra de Machado se refiere, con un poco de paciencia podría separarse de ella cuanto hay de geografía soriana, de usos, costumbres, etc.

Espiguemos unos pocos ejemplos:

> He vuelto a ver los álamos dorados,
> álamos del camino en la ribera
> del Duero, entre San Polo y San Saturio,
> tras las murallas viejas
> de Soria...

La venta de Cidones está en la carretera
que va de Soria a Burgos...

Desde Salduero el camino
va al hilo de la Ribera;
a ambas márgenes del río
el pinar crece y se eleva...

ya nos ofrece el paisaje a una hora o en una época determinadas:

¡Soria fría! La campana
de la Audiencia da la una,
Soria, ciudad castellana
¡tan bella! bajo la luna.

¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán...

o nos evoca las tradicionales «bailas» de San Polo:

A la orilla del Duero
lindas peonzas,
bailad, coloraditas
como amapolas.

La aportación de Soria, en este sentido, es muy extensa y profunda. Por sí sola justificaría el estudio del poeta vinculado con Soria.

Pero hay más, mucho más.

«Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —escribió Machado— orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano.»

Es decir, que los ojos del poeta no han resbalado superficiales por el paisaje soriano. Sino que se han ido adentrando día tras día en el mundo del cual el paisaje era tan sólo su contorno externo. Cada paisaje tiene su alma. Y si se ha podido decir que todo paisaje es un estado de conciencia —desde el punto de vista del artista—, no es menos cierto que a todo paisaje corresponde un alma colectiva en los hombres que lo pueblan y viven.

Los ojos del poeta captaron un paisaje, mientras su corazón —con fuertes razones que la razón no conoce— se orien-

taba hacia lo esencial castellano. «Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla.»

Estudiar cómo lo esencial castellano revierte en la obra poética de Machado nos llevaría muy lejos. Tomemos sólo una muestra de absoluto valor: *el tiempo*. Para el buen castellano el tiempo representa la primera dimensión. En el tiempo está la vida, que fluye y pasa; en el tiempo está el trabajo —en la rueda anual agrícola o ganadera—; en el tiempo está el amor, tan fugaz que, «si juzgamos sabiamente, / daremos lo no venido por pasado»; en el tiempo está la muerte, menos espantable que en otras partes, porque Castilla sabe y enseña que filosofar es aprender a morir.

Esta que pudiéramos llamar «alma del tiempo», vivifica la mejor obra del poeta. Por eso ha podido decir:

> Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par revelaciones del ser en la conciencia humana.

Y llega a más. Llega a definir la poesía diciendo que «es la palabra esencial en el tiempo».

Basta con esta rápida iniciación de tan sugestivo tema para advertir que la aportación de Soria en este sentido no alcanza sólo a la obra del poeta, sino al poeta mismo, preparándole dignamente para la ascensión a la más alta cumbre de la poesía.

Y aquí comienza, en nuestro sentido, la última y definitiva aportación de Soria a la vida y a la obra de Antonio Machado.

Cuando en 1912, muerta la esposa, marcha de Soria, Antonio Machado lleva por todo equipaje su viejo saco de cuero. Lleva —podríais añadir— un mundo de recuerdos.

«Lleva quien deja», ha dicho el poeta. En Soria ha dejado su vida entera y verdadera. Y eso es justamente lo que lleva. No su vida hecha recuerdo. Sino sus recuerdos hechos vida. Y mirad que no se trata de un juego de palabras.

Otro impar poeta —que tampoco hizo juego de su vida—, Rainer María Rilke, ha escrito:

> Sólo cuando los recuerdos se vuelven en nosotros sangre, mirada, gesto; cuando ya no pueden tener nombre ni distinguirse de nosotros mismos, sólo entonces puede ocurrir que en una hora muy rara, de entre ellos, se alce la palabra primera de algún verso.

Soria es la gran crisis de vida de Antonio Machado. El Señor se sirve de Leonor —la mujer en flor— para herir el alma de Machado traspasando su costado infinito.

No se trata de un amor de tipo romántico. Nada más lejos de eso. Hay un pudor, un íntimo recato, un estremecido temblor, un misterio sagrado, un sentido religioso tan verdadero y profundo que evidencian que aquel amor fue un regalo de la misericordia de Dios.

Desde ese momento, Machado ya no es ni será más puro y absoluto recuerdo hecho «sangre, mirada, gesto». Y en sus horas divinas y raras ya no será ni el poeta de un grupo literario, ni el verbo de la espiritualidad de un pueblo, sino el *poeta esencial,* que aparece en el mundo muy de tarde en tarde, cuándo, dónde y cómo Dios dispone; el poeta cuya obra, como dice Goethe,

> engendra en nosotros la serenidad y la alegría; nos liberta de las preocupaciones de la tierra, arrebatándonos a los aires como un globo y haciéndonos contemplar la confusión y miseria de este mundo a vista de pájaro. Sentimos entonces que ya no estamos desterrados aquí abajo, y que nos aproximamos a una patria hacia la cual aspira lo que hay de mejor en nosotros.

En la obra de Antonio Machado se alcanza algunas veces esas cumbres de serenidad y alegría, llenándonos de dulce certeza de que no estamos desterrados. Sin que falten en la obra —para humana humildad de su creador— los descensos y barrancos.

Y esta es la suprema aportación de Soria por el amor de Leonor. La más difícil de captar, porque para lograrlo necesitamos que el Señor nos conceda la gracia de una de esas horas muy raras en que se alza la primera palabra de un verso o nos hiere el alma el rayo infinito de una pura comprensión.

Escorial, vol. XII, núm. 33, Madrid, 1943.

taba hacia lo esencial castellano. «Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla.»

Estudiar cómo lo esencial castellano revierte en la obra poética de Machado nos llevaría muy lejos. Tomemos sólo una muestra de absoluto valor: *el tiempo*. Para el buen castellano el tiempo representa la primera dimensión. En el tiempo está la vida, que fluye y pasa; en el tiempo está el trabajo —en la rueda anual agrícola o ganadera—; en el tiempo está el amor, tan fugaz que, «si juzgamos sabiamente, / daremos lo no venido por pasado»; en el tiempo está la muerte, menos espantable que en otras partes, porque Castilla sabe y enseña que filosofar es aprender a morir.

Esta que pudiéramos llamar «alma del tiempo», vivifica la mejor obra del poeta. Por eso ha podido decir:

> Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par revelaciones del ser en la conciencia humana.

Y llega a más. Llega a definir la poesía diciendo que «es la palabra esencial en el tiempo».

Basta con esta rápida iniciación de tan sugestivo tema para advertir que la aportación de Soria en este sentido no alcanza sólo a la obra del poeta, sino al poeta mismo, preparándole dignamente para la ascensión a la más alta cumbre de la poesía.

Y aquí comienza, en nuestro sentido, la última y definitiva aportación de Soria a la vida y a la obra de Antonio Machado.

Cuando en 1912, muerta la esposa, marcha de Soria, Antonio Machado lleva por todo equipaje su viejo saco de cuero. Lleva —podríais añadir— un mundo de recuerdos.

«Lleva quien deja», ha dicho el poeta. En Soria ha dejado su vida entera y verdadera. Y eso es justamente lo que lleva. No su vida hecha recuerdo. Sino sus recuerdos hechos vida. Y mirad que no se trata de un juego de palabras.

Otro impar poeta —que tampoco hizo juego de su vida—, Rainer María Rilke, ha escrito:

> Sólo cuando los recuerdos se vuelven en nosotros sangre, mirada, gesto; cuando ya no pueden tener nombre ni distinguirse de nosotros mismos, sólo entonces puede ocurrir que en una hora muy rara, de entre ellos, se alce la palabra primera de algún verso.

Soria es la gran crisis de vida de Antonio Machado. El Señor se sirve de Leonor —la mujer en flor— para herir el alma de Machado traspasando su costado infinito.

No se trata de un amor de tipo romántico. Nada más lejos de eso. Hay un pudor, un íntimo recato, un estremecido temblor, un misterio sagrado, un sentido religioso tan verdadero y profundo que evidencian que aquel amor fue un regalo de la misericordia de Dios.

Desde ese momento, Machado ya no es ni será más puro y absoluto recuerdo hecho «sangre, mirada, gesto». Y en sus horas divinas y raras ya no será ni el poeta de un grupo literario, ni el verbo de la espiritualidad de un pueblo, sino el *poeta esencial,* que aparece en el mundo muy de tarde en tarde, cuándo, dónde y cómo Dios dispone; el poeta cuya obra, como dice Goethe,

> engendra en nosotros la serenidad y la alegría; nos liberta de las preocupaciones de la tierra, arrebatándonos a los aires como un globo y haciéndonos contemplar la confusión y miseria de este mundo a vista de pájaro. Sentimos entonces que ya no estamos desterrados aquí abajo, y que nos aproximamos a una patria hacia la cual aspira lo que hay de mejor en nosotros.

En la obra de Antonio Machado se alcanza algunas veces esas cumbres de serenidad y alegría, llenándonos de dulce certeza de que no estamos desterrados. Sin que falten en la obra —para humana humildad de su creador— los descensos y barrancos.

Y esta es la suprema aportación de Soria por el amor de Leonor. La más difícil de captar, porque para lograrlo necesitamos que el Señor nos conceda la gracia de una de esas horas muy raras en que se alza la primera palabra de un verso o nos hiere el alma el rayo infinito de una pura comprensión.

Escorial, vol. XII, núm. 33, Madrid, 1943.